

UN CRISTO TOTAL QUE ORA. UNA PROPUESTA DE PEDAGOGÍA PARA LA ORACIÓN COMUNITARIA

Fabián MARTÍN, OAR

Preliminares

a. *El arte de la oración*

La oración cristiana constituye el espacio de síntesis de las distintas experiencias de la vida y el *humus* del desarrollo del dinamismo de la fe. En la oración nos jugamos mucho: es el alma de la vida cristiana y religiosa, el espacio de autenticación de la fe, la fuente de renovación personal y comunitaria, la voz del Espíritu en lo profundo del corazón. Asimismo, la oración es la garantía de nuestra perseverancia en las obras que muestran la caridad, el punto de apoyo de transformaciones profundas en la persona (conversión) y fuente de renovación del espíritu que anima la vida de toda comunidad.

No obstante, la oración, hoy como ayer, no es una tarea humana sencilla. En los tiempos que corren, el orante y la comunidad que ora se encuentran frente a varias dificultades en el ejercicio de esta noble actividad divino-humana. Entre los estorbos que se hacen presentes, y que al mismo tiempo la paralizan, podemos encontrar varios: un estilo de vida bastante narcisista, un acentuado individualismo, una manía por entrar en dicotomías estériles (acción-contemplación, personal-comunitario, fe-vida, etc.), el cultivo exclusivo de lo emotivo, superficialidad espiritual, activismo, racionalización, dispersión, inconstancia, autosuficiencia, auto-referencialidad, poco interés por lo que implica constancia y renunciaciones, exceso de ruidos¹.

Teniendo, pues, presentes estas dificultades que condicionan la cualidad de la oración y reconociendo humildemente que la oración cristiana, antes que un empeño humano, es un don de Dios, advertimos que esta comporta una exigencia ardua para cada generación cristiana y para el cristiano de cada generación, de

1 E. BIANCHI, *Perché pregare, come pregare*, Cinisello Balsamo (Milano), San Paolo, 2009, 21-24.

la que los religiosos consagrados no estamos exentos. Por lo cual, educar para la oración es un aspecto irrenunciable de la formación integral del creyente, y máxime del religioso consagrado, cuya misión particular es ser *maestro de oración*².

Habitualmente se habla de oración personal para matizar la dimensión originaria del encuentro de la persona con Dios, la aproximación entre un Tú y un tú. Sin embargo, la oración va entendida en todo momento en el tejido de la comunidad eclesial, en la cual y con la cual se reza, tanto en forma pública y litúrgica como de forma privada. El orante, pues, aun y cuando ore en singular y en secreto, lo hace en cuanto miembro del cuerpo vivo de la Iglesia y, en consecuencia, su oración guarda siempre relación con la plegaria de la comunidad orante y cultural. Además, toda oración cristiana remite necesariamente al amor del prójimo y el rostro del otro, a su vez, nos acerca más a Dios.

b. *Oración cristiana con gusto familiar*

Dar por supuesto lo que aparentemente resulta obvio para todos, puede llegar a ser, en muchas ocasiones, un obstáculo para profundizar en «ciertos» temas. Puede darse el caso de que estemos tan hechos y automatizados respecto a la oración personal y la oración litúrgica comunitaria, que volver sobre el argumento se sospecha como una vana repetición de lo ya sabido. Sin embargo, no podemos pretender no ya alcanzar una nueva sensibilidad y praxis comunitaria para la oración, sino al menos renovarnos en el modo y estilo de hacer lo de siempre, sin situarnos en la verdad de la oración. Sin una «mentalidad» medianamente compartida y explícita que fundamente nuestra vida de oración, corremos el peligro de sometemos automáticamente a la tiranía de lo que «toca» y de lo «me apetece o no me apetece».

c. *La oración*

¿Qué es la oración? ¿Con qué disposición debemos orar tanto personal como en comunidad? ¿Qué debemos pedir cuando oramos? ¿Por qué tenemos que orar

² vc 9; 39; 71; *Studium Sapientiae. Plan de formación de los agustinos recoletos*, Madrid, Augustinus, 1987, 401 (en adelante, PF); *Const.* 283.

si Dios ya sabe, de antemano, lo que necesitamos? A estas preguntas podemos responder con las mismas palabras de san Agustín: «Dame un corazón que ame, y comprenderá aquello que digo. Dame un corazón anhelante, un corazón hambriento, un hombre que se sienta peregrino y sediento en este desierto, un corazón que suspire por la fuente de la patria eterna, y él comprenderá aquello que digo»³. Solo si hay amor apasionado, deseo de oración e interés por ella, este discurso tendrá sentido. De lo contrario, como dicen por ahí, «apaga y vámonos».

La altura, la medida alta de la vida, que es hoy esencial para el testimonio a favor de Jesucristo, la podemos encontrar solo en la oración, si nos dejamos continuamente atraer de él hacia su altura⁴.

La oración se configura, propiamente hablando, como un diálogo personal, íntimo y profundo, entre el hombre y Dios. En esta comunión, que se funda en el bautismo y en la eucaristía, fuente y culminación de la vida de Iglesia, se encuentra contenida una actitud de conversión, un éxodo del yo del hombre hacia el Tú de Dios y el tú del otro. Lo anteriormente dicho nos aporta el marco de comprensión necesario para poder afirmar que la oración cristiana es, de por sí, siempre auténticamente personal individual y al mismo tiempo comunitaria.

d. *La oración cristiana*

Tras indicar estos trazos básicos sobre la oración, viene bien que nos detengamos a pensar en el elemento que la califica como «cristiana». La oración es cristiana porque ha de estar siempre determinada por la estructura de la fe cristiana, en la cual resplandece la verdad misma de Dios y del ser humano como criatura. La oración auténticamente cristiana se da, pues, en el encuentro de dos libertades, la infinita de Dios con la finita del hombre⁵.

La oración es fundamentalmente cristiana porque es en Jesús, el Cristo, en quien el hombre religioso se hace capaz de unirse a Dios con la profundidad y la intimidad de la relación de paternidad y de filiación⁶. En este sentido, la oración cristiana es esencialmente la experiencia que el hombre y la comunidad creyente

3 *Io. ev. tr.* 26,4.

4 BENEDICTO XVI, *Homilía pronunciada en una ordenación episcopal*, Roma, 5 de febrero de 2011, 7.

5 CDF, *Orationis formas. Algunos aspectos de la meditación cristiana. Carta a los obispos de la Iglesia católica*: AAS 82 (1990) 362-379, 3.

6 BENEDICTO XVI, *Audiencias generales sobre la oración cristiana*, 4 de mayo de 2011.

tienen de Dios, sencillamente porque Dios mismo ha hecho experiencia del hombre en medio de nuestra humanidad⁷.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* pone de manifiesto un aspecto elemental de la oración cristiana, que debemos tener muy en cuenta:

Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración; la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. A medida que Dios se revela, y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de alianza. A través de palabras y de acciones, tiene lugar un trance que compromete el corazón humano⁸.

e. *La oración cristiana agustiniana*

San Agustín no ofrece, en concreto, una definición como tal de la oración, sino que presenta en distintos tratados descripciones acerca de la misma. Así, por ejemplo, dice: «Tu oración es una conversación con Dios; cuando lees [las Escrituras] Dios te habla; cuando rezas, tú hablas con Dios»⁹. En las *Confesiones* afirma: «Hablaba mucho ante ti, ¡oh Dios y Señor mío!, claridad mía, riqueza mía y salud mía»¹⁰. En otra obra suya, en concreto un sermón, señala que «el que se renueva, día a día, progresando en el conocimiento de Dios, en la justicia y en la santidad de la verdad, transfiere su amor de lo temporal a lo eterno; de lo visible a lo invisible; de lo carnal a lo espiritual; y persiste con mucho cuidado en refrenar sus pasiones y disminuir los deseos en relación a los bienes temporales, para unirse con perseverancia a los bienes espirituales, por la caridad. Y tanto más caminará cuanto más sea ayudado por la gracia de Dios»¹¹. En uno de los comentarios a los salmos encontramos una definición que se ha hecho clásica en la propuesta de una espiritualidad agustiniana: «La oración es un grito que se eleva del corazón al Señor»¹².

Por su parte, nuestras Constituciones describen la oración como «adoración, presencia, diálogo y amistad con el Señor. En ella el Espíritu comunica el verdadero e íntimo conocimiento de Cristo, sin el cual no es posible comprender

7 M. HERRÁIZ, *La preghiera, una storia di amicizia*, Bologna, EDB, 2000, 155-156.

8 CEC, 2567.

9 en. Ps. 85,7.

10 conf. 9,1,1.

11 trin. 14, 17, 23.

12 en. Ps. 118,29,1.

el valor de la vida cristiana y religiosa ni poseer la fuerza para progresar en ella con alegría»¹³. En nuestro *Plan de Formación* se afirma que la oración, en la tradición agustiniana, está impulsada por la afectividad de la caridad y el anhelo de la esperanza, y guiada por el discurso nutrido en la Escritura y los textos patrísticos¹⁴. Esta idea viene reforzada con un breve párrafo que resulta contundente al respecto:

Por oración, en consecuencia, no debe entenderse únicamente una serie de actos más o menos programados y esporádicos por los que la comunidad o la persona se ponen en presencia de Dios para buscar su voluntad, pedir gracias, interceder, agradecer o alabar, sino que oración es también el fundamento donde radican estos actos; a saber, la misma vida del religioso y de la comunidad, cuando se polarizan en torno al seguimiento de Cristo y al crecimiento en el Espíritu Santo¹⁵.

Un conocedor del tema de la oración en san Agustín presenta la siguiente descripción de oración agustiniana: «La oración es un diálogo con Dios basado en la fe, vivido en el corazón y animado por el Espíritu Santo dentro del Cuerpo de Cristo, diálogo que es necesario y se ha de vivir con constancia»¹⁶. Recojo la inercia del impulso de este autor para llamar la atención sobre el último aspecto que él indica sobre la oración cristiana: la constancia. El orante no puede ser solo creyente de un momento, sino que ha de aprender la fidelidad al propio empeño. La oración genuina supera cualquier cansancio, pues es siempre creativa¹⁷. Como diría una gran maestra de oración cristiana, santa Teresa de Jesús, hay que orar siempre con *determinada determinación*.

f. *La oración agustina recoleta*

La reforma recoleta de los agustinos recogió el ímpetu de renovación del tiempo y apostó por un estilo de oración más extenso y con contenidos particulares, tal y como se expresa en la *Forma de Vivir de los frailes agustinos descalzos*:

13 *Const.* 147.

14 Cf. PF 310

15 PC 157; cf. *Ib.*, 220; 248; *Const.* 147-149.

16 A. SÁNCHEZ CARAZO, *Mendigo de Dios. Agustín, maestro de oración*, México D.F., 1996, Dabar, 9.

17 E. BIANCHI, *Perchè pregare...* 114.

Así como nuestro blanco es el amar a Dios, así nuestro cuidado ha de ser principal todo lo que de más cerca de ello nos enciende, como es su culto y alabanzas, y el uso de los sacramentos y el ejercicio de la meditación y oración¹⁸.

Entre los hijos ilustres de la recolección agustiniana contamos con una religiosa que tuvo una intensa vida de oración y la plasmó en varias de sus obras. Hablamos de la Madre Mariana de San José. Esta religiosa, entre otra muchas cosas, destacó el papel central que ocupa la humanidad de Cristo para la oración. Como muestra valga esta referencia:

No presuma ninguna alma de que, por muy levantada oración que tenga ni por más que la hayan remontado, piense de olvidarse de este dechado perfectísimo de virtudes, y que siempre ha de recurrir a él como a verdadero maestro el alma que desea caminar a la perfección: que él es el camino, y el que nos le muestra y señala con sus pasos, y así no le habemos de perder de vista¹⁹.

1. Oración cristiana teologal

Para san Agustín la oración cristiana más genuina es aquella que no pide otra cosa que a Dios mismo y la vida eterna junto él, además de todo aquello que sirva a este propósito²⁰. Esta cualidad no es posible alcanzarla si esta no se sustenta en la fe, en la esperanza y en la caridad. Por ende, las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, constituyen el fundamento sólido de la oración cristiana. Cada una de estas tres virtudes son un don de Dios, como lo es también la oración que surge a partir de ellas²¹.

a. *La fe en Dios*

La fe es la fuente de donde mana la oración. Es la que hace brotar del corazón el deseo de estar juntos y unidos hacia Dios. Por la fe nos unimos a Cristo con la certeza de haber sido alcanzados por Él: «Invócate, Señor, mi fe, la fe

18 FV, I,1.

19 Mariana DE SAN JOSÉ, *Comentario al Cantar de los Cantares* 1, 214.

20 N. CIPRIANI, *Molti e uno solo in Cristo. La spiritualità di Agostino*, Roma 2009, Città Nuova, 289.

21 Cf. N. CIPRIANI, *La pedagogia della preghiera in sant'Agostino*, Palermo, Augustinus, 1984, 21.

que tú me diste e inspiraste por la humanidad de tu Hijo»²². En este sentido, la oración es como el respiro de la fe. Así, el empeño de la oración, más allá de que pueda resultar en ocasiones una práctica religiosa complicada, obligatoria y aburrida, constituye la expresión espontánea del espíritu humano que anhela fuertemente, por la fe, unirse a Dios en comunidad de hermanos y deleitarse en tal encuentro.

La fe es ya, de por sí, un tipo de oración. Dios que sale al encuentro del hombre le hace parte de su amor infinitamente concentrado, y se despliega progresivamente en detalles y gestos de afecto. En el inicio de toda oración está siempre presente la iniciativa de Dios que comunica, pues, su ternura y, sucesivamente, la respuesta del hombre que entra en la órbita de su amor. Y la acogida de la invitación de Dios a entrar en su presencia se hace precisamente en la fe. Por lo tanto, la oración es un diálogo de amor basado en la fe. La fe es la que marca el ritmo del encuentro.

La oración y la fe se influyen tan íntimamente que ambas realidades dan origen a un diálogo de corazón a corazón abiertos. En el encuentro entre la libertad infinita de Dios y la libertad finita del hombre se pone de manifiesto el don de la fe que permite creer en Dios, de tal modo que se esté en grado de invocar a aquel en quien se cree: «Alabarán al Señor los que lo buscan, porque los que lo buscan lo hallan y los que lo hallan lo alabarán. Que yo, Señor, te busque invocándote y te invoque creyendo en ti, pues me has sido predicado»²³.

Por el don de la fe el hombre religioso participa de la vida de Dios. Esta fe contiene una fuerza germinal que arranca al hombre creyente de sus seguridades y lo impulsa a vivir no ya para sí mismo ni de sí mismo, sino a vivir de Cristo y de su Espíritu para los demás. En la oración, pues, el orante experimenta el impulso que le saca de sí para escuchar y obedecer a Cristo.

b. *La esperanza de la promesa*

Para san Agustín la situación existencial del *homo viator* comporta una especie de nostalgia del Absoluto, que consiste básicamente en saber que la verdadera vida no es la vida presente, sino aquella bienaventurada que Dios concede a los justos. La vida presente no es el modo de ser y de estar en la cual el

22 *conf.* I,1,1.

23 *conf.* I,1,1.

ser humano pueda alcanzar la felicidad plena, pues en esta abundan incertezas e inseguridades de todo tipo. Así, para ponerse a orar con fruto es fundamental que el orante, por una parte, reconozca su precaria situación presente y, por otra, mantenga la tensión hacia la vida verdadera que Dios nos promete: vivir junto a Él²⁴.

En este sentido, el santo de Hipona invita a hacer oración pidiendo a Dios dos cosas: para este mundo, la vida buena y, para el futuro, la vida feliz. Por lo cual, propone la esperanza no como un valor que lleva al creyente a desentenderse de la vida presente, sino como una dádiva divina que le ayuda a peregrinar hacia la vida bienaventurada. Pero a la vez, dando sentido, verdad y belleza a la vida presente en sintonía con aquella definitiva que se entrevé por la fe: «Esta es mi esperanza; para ello vivo, a fin de contemplar gustosamente al Señor»²⁵.

Gracias a la esperanza de la promesa le es posible al ser humano seguir el camino hacia la meta con el corazón en alto, a pesar de los peligros y las asechanzas de la vida presente. La esperanza consuela en las tribulaciones, pues pone continuamente delante del hombre creyente la bondad de la meta que persigue, además restablece las fuerzas, gracias a las cuales se multiplica el deseo de llegar. Luego, la esperanza es la fuerza que mantiene al hombre peregrino en tensión, a fin de que a lo largo del camino no desfallezca ni se acomode²⁶.

La esperanza cristiana conserva en ascuas el deseo de alcanzar la vida feliz, con el anhelo de contemplar y saborear las delicias de la vida definitiva con Dios. Dicha esperanza hace que el cristiano suspire, gima e invoque a Dios, esperando la visión clara y la heredad plena de la realidad que Él mismo nos prometió: «No os turbéis. Creed en Dios y creed en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias; si no, os lo habría dicho, pues voy a prepararos un puesto» (*Jn* 14,1-2). En este sentido, el orante suspira y ora no solo para verse libre de las dificultades de la vida presente, sino que, llevado de un auténtico amor, desea al mismo Dios con todo su corazón y hacia él orienta toda su vida.

24 A. TRAPÈ, *Sant'Agostino. La preghiera. Lettera a Proba e commento al Padre nostro*, Roma, Città Nuova, 1995, 9.

25 *conf.* XII,22,28.

26 N. CIPRIANI, *La pedagogia...* 27. En las *Confesiones* podemos encontrar varias plegarias que san Agustín dirige a Dios, manifestándole a corazón abierto que toda su esperanza estriba en su misericordia, lo cual le anima seguir adelante en su propósito de vida cristiana a pesar de los límites humanos, como pueden ser el pecado, el cansancio y el fracaso (cf. *conf.* IV, 6,11; V, 8,4; IX, 4,9; X, 3,4).

c. El amor de Dios en quien se cree y en quien se espera

El amor es la savia de la existencia, la potencia que hace vivir y actuar: «¡Oh amor, que siempre ardes y nunca te extingués! Caridad, Dios mío, enciéndeme»²⁷, expresa con ímpetu el corazón de Agustín. Pues el amor es la fuerza que construye unidad, que favorece los vínculos estables y sólidos, que mueve a la búsqueda cordial de Dios en comunidad. El amor, entendido como caridad-ágape, viene de Dios y es un don de Dios.

¿Qué cosa mejor que Dios se me ha de dar? Dios me ama. Te ama ciertamente Dios [...]. Y diciéndote Dios: pide lo que quieras (*Mt 7,7*). ¿Qué has de pedir? [...] Dilata tu deseo hasta el cielo [...], puesto que desea darse a sí mismo el que todo lo hizo²⁸.

Si para san Agustín la fe es el fundamento de la vida cristiana y si la esperanza es el soporte en el camino hacia la patria del cielo, la caridad es la sustancia misma de la vida cristiana y, por ende, de la oración: «El amor santo eleva al hombre a las cosas superiores y lo inflama con deseos de lo eterno, y aviva los afectos para las cosas que no pasan, y de lo profundo del abismo lo eleva hasta el cielo»²⁹. Es la fuerza del amor de Dios que siempre arde y que nunca se extingue³⁰, la que mueve al orante a buscar a Dios hasta encontrarlo, y encontrarlo para seguirlo buscando con mayor ardor: «Te busco para encontrarte y te encuentro para seguirte buscando con mayor ardor»³¹.

En la espiritualidad agustiniana, pues, el amor tiene un puesto central y una importancia fundamental para la oración, pues esta es la expresión por excelencia del amor. El amor es la verdadera puerta que abre a la oración. La oración es un ejercicio de amor, que hace al orante acercarse a Dios y a los demás por la misma potencia del amor. «Buscaba qué amar amando el amar [...]. ¡Oh Dios mío! [...] Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí»³². Pues, descubrirse amado es lo que capacita al orante para responder a Dios amándolo³³.

El fundamento de la oración cristiana es la experiencia del amor de Dios hacia nosotros, expresión de una profunda amistad. Se aprende a orar como se aprende a amar. Donde falta el amor, la oración se hace imposible. Es más, ni

27 *conf.* 10,29,40.

28 *en. Ps.* 34,1,2.

29 *en. Ps.* 121,1.

30 *Cf. conf.* 10,29,40.

31 *trin.* 15,2,2.

32 *conf.* 3,1,1.

33 KATO, «*Quid autem amo, cum te amo* (*conf.* 10,8). Una pregunta agustiniana»: *Avvgvstinvs* 48 (2003) 126.

siquiera se plantea. La caridad, en cuanto amor de Dios y, por Dios, de los hermanos, constituye el impulso impaciente del hombre por unirse al Amado:

Dátame a mí, Dios mío, y devuélvete a mí. He aquí que te amo, y si aún es poco, que yo te ame con más fuerza. No puedo medir a ciencia cierta cuánto me falta del amor para que sea bastante, a fin de que mi vida corra entre tus abrazos³⁴.

El amor no sólo es el motor de la propia oración, sino que al mismo tiempo es fruto de ella. El orante reza porque ama a Dios y se experimenta traspasado, como si de una flecha encendida se tratase, por su amor: «Asaeteado habías tú nuestro corazón con tu caridad y llevábamos tus palabras clavadas en nuestras entrañas»³⁵. De ahí que el orante no busca a Dios para satisfacer una necesidad muy humana, sino que lo busca para gozar de él, para unirse a él, para tener el gusto y la alegría de alabarlo, para darle gracias por su amor:

Dios quiere que se le adore gratis; gratis quiere que se le ame, y esto es amar con pureza [...]. Si llamas a Dios, Él vendría a ti, Él sería tu riqueza. Ahora quieres tener el arca llena y vacía la conciencia; Dios no llena el arca [los bolsillos], sino el corazón³⁶.

La caridad es el criterio por antonomasia a partir del cual valorar la calidad de la vida cristiana y la autenticidad de la oración. De hecho, la caridad cristiana, con su fuerza y su dinamismo, une ya en el presente al orante a Dios y a los hermanos, empujándolo a la acción y haciendo operosa su fe. «Ya lo he dicho y lo diré: por amor de tu amor hago esto»³⁷. Por tanto, la oración expresa el deseo puro de Dios, pero no por ello se olvida del prójimo ni se produce una ruptura con la vida y las propias responsabilidades³⁸.

A Dios se le alcanza, si se nos permite la expresión, no con el movimiento o desplazamiento del cuerpo, sino con el movimiento del corazón. Los afectos constituyen los peldaños más seguros de esa escalera –la oración– que facilita el ascenso a Dios:

Mi amor es mi peso; él me lleva doquiera soy llevado. Tu Don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba: nos enardecemos y caminamos; subimos las *ascensiones dispuestas* en nuestro corazón y cantamos el *Cántico de los grados*. Con tu fuego, sí; con tu fuego santo nos enardecemos y caminamos, porque caminamos para arriba, hacia la paz de Jerusalén³⁹.

34 *conf.* 13,8,9.

35 *conf.* 9,2,3.

36 *en. Ps.* 52,8.

37 *conf.* 11,1,1.

38 G. GARCÍA M., «Cualidades de la oración agustiniana»: *Avgvstinvs* 21 (1976) 161-65.

39 *conf.* 13,9,10.

2. Actitudes para la oración

Para que el empeño de la oración llegue a ser un ejercicio significativo con incidencias concretas en la propia vida, es fundamental una actitud básica de renovación constante en el orante. Ello le posibilita tender cada vez más hacia una cierta unidad interior, a una vinculación afectiva con los hermanos en Cristo y, sobre todo, a poder expresarlo en la unión en común en la oración.

a. *Deseo de una vida continuamente renovada en Dios*

Al ser la oración un decisión de amor, para su consecución se requiere una continua purificación del corazón, para que este pueda percibir el amor de Dios y corresponderlo libremente. Por la transformación del corazón, el orante se capacita para valorar proporcionadamente los múltiples amores que lo solicitan, hasta dejarse prender por el único amor que los juzga y ordena a todos: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (*Dt 6,4*).

La conversión de corazón es el dinamismo primordial de la vida cristiana y, por ende, del creyente a través del cual el sujeto orante se habilita para hacer del amor de Dios la fuente de su libertad interior. Desde este margen de libertad liberada, el creyente fiel se sitúa de un modo responsable en la vida, emprendiendo el camino de la generosidad, de la caridad y de la paz.

El orante que continuamente se pregunta cuál es la voluntad de Dios, asume como criterio de vida al menos la intención de ajustarse, ordenarse y orientar toda la vida, sus pensamientos, afectos y comportamientos, al proyecto de Dios sobre sí. Este es, en concreto, el punto de partida de la conversión: la constatación sufrida del desajuste entre lo que realmente somos y lo que estamos llamados a ser, entre la mediocridad de una vida cómoda y la excelencia de la vocación a la cual hemos sido llamados (cf. *Ef 4,1; 2 Ts 1,11*).

La oración no deja al creyente tranquilo en su comodidad, indiferente ante lo que lo rodea, despreocupado del dolor y los sufrimientos de las personas que le salen al paso. Al contrario, la oración pide y exige la unificación de la persona al deseo de Dios que es ya, de por sí, amor que se traduce en obras. La oración libera el corazón del creyente de toda clase de apego idólatrico, del desorden del amor y de todo egoísmo, para abrirlo a la comunión y a la auténtica caridad cristiana. La consecuencia lógica de una conversión orada es la posibilidad de poder orientar pensamientos, afectos y obras hacia Dios con el impulso propio del Espíritu Santo.

El ejercicio de la oración cristiana posee una fuerza germinal purificadora y renovadora, porque tiende a cambiar el centro de gravitación de la propia existencia y del propio modo de ser, ya no más replegado sobre sí mismo, sino abierto a Dios y al prójimo. Luego, la oración ayuda a integrar y a personalizar los valores del proyecto de vida cristiana, no ya tanto por el camino de la teoría, sino de la experiencia. En virtud de esta el orante puede entender, amar y poner por obra lo que sus labios pregonan en la oración litúrgica⁴⁰.

La vida espiritual del orante se fundamenta, pues, en la renuncia al pecado, a esa tentación de pretender centrar todo a partir del propio mundo de necesidades y querer sustraerse a la voluntad de Dios en un aspecto u otro de la vida, sobre todo cuando comporta sufrimiento y renuncia⁴¹. La práctica de la oración, desde este punto de vista, constituye una excelente mediación para la relación afectiva con Dios, que libera toda tendencia posesiva del deseo y aviva el impulso de amor desinteresado por el otro.

La autenticidad de la oración se alcanza principalmente en lo concreto de la vida, no tanto porque sea recta o correcta, sino porque manifiesta y prueba la fe con obras. La alabanza que brota del corazón hacia Dios, bien es cierto que se expresa con palabras y con cánticos, pero no se limita a ellos. Es la vida entera de la persona la que ha de alabar a Dios; y la conducta del cristiano debe ser expresión de ese corazón apasionadamente enamorado de Dios⁴². Así, la integridad de la vida refuerza y vigoriza la oración⁴³.

El religioso consagrado por medio de la oración se adhiere cada vez más estrecha e íntimamente a Dios, fuente inagotable de todos los bienes, según va alcanzando, como fruto del Espíritu, profundidad e integridad en la propia vida. Adhiriéndose a Dios, se abraza a los demás hermanos, dirigidos también a Dios con la misma intención, para formar así la comunidad orante. Por lo tanto, la oración personal bien cuidada llena de sentido, entidad y contenido la oración litúrgica comunitaria. Cito las palabras de un cristiano autorizado para dar peso a esta afirmación:

La oración, de una parte, debe ser muy personal, un unirme en lo más profundo a Dios. Debe ser mi lucha con Él, mi búsqueda de Él, mi agradecimiento a Él y mi ale-

40 R. H. WAVER, «Oración»: A. D. FITZGERALD (ed.), *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 958.

41 PF, 307.

42 en. Ps. 146,1-2; 99, 3-6.

43 Aunque en el caso presente nos ocupamos de la conversión como disposición necesaria para la oración, en la *Carta a Proba* san Agustín habla sobre las condiciones convenientes para la oración en los números 1-8. En ellos expone cómo la oración pide cuatro disposiciones: la conversión, la intención, la atención y la purificación (A. TRAPÈ, *Sant'Agostino...* 8).

gría en Él. Sin embargo, no es jamás solamente una cosa privada de mi “yo” individual, que no tiene nada que ver son los otros. Orar es también esencialmente un orar siempre en el “nosotros” de los hijos de Dios. Sólo en este “nosotros” somos hijos de nuestro Padre, a quien el Señor nos ha enseñado a orar. Sólo este “nosotros” nos abre el acceso al Padre. Por una parte, nuestra oración debe llegar a ser siempre más personal, tocar y penetrar siempre más profundamente el núcleo de nuestro “yo”. Por otra parte, debe siempre nutrirse de la comunión de los orantes, de la unidad del Cuerpo de Cristo, para plasmarme verdaderamente a partir del amor de Dios⁴⁴.

b. *La unidad de los corazones en Dios*

La oración cristiana tiene, por tanto, este carácter que la configura como un encuentro muy personal entre el Tú de Dios y el tú del orante. Sin embargo, ahora nos ocuparemos de abundar en aquella cualidad de la oración por la que afirmamos que guarda siempre relación con la comunidad cristiana también orante. A este respecto, resulta muy sugerente un texto del primer capítulo de nuestro «libro de oro», las Constituciones:

La contemplación, o *amor castus*, tiene fuerza de unión y es de por sí comunitaria; congrega a los hermanos, templos vivos de Dios, en comunidad de oración y de culto, dentro del cuerpo místico de Cristo. La comunidad, como la primitiva cristiana, alimentada con la palabra divina, la sagrada liturgia y especialmente con la eucaristía, persevera en la oración y en la comunión de un mismo espíritu⁴⁵.

La plenitud del amor ordenado encuentra su expresión sublime en la unidad de todos en Cristo y con Cristo dentro de la comunidad eclesial orante. De ahí que, como también se indica en nuestras *Constituciones*, «la contemplación [...] no convierte al religioso en un solitario. Al contrario, como cada uno se siente referido y busca a Dios, todos se encuentran en el conocimiento y en el amor de él»⁴⁶.

En la práctica de la oración comunitaria, todo converge hacia Cristo, plenitud de la revelación y de la gracia, y hacia el don del Espíritu Santo que hace al hombre capaz de recibir y contemplar las palabras y las obras de Dios, y de darle gracias y adorarle, en la asamblea de los fieles y en la intimidad del propio corazón⁴⁷. La oración cristiana: o está vivificada por el Espíritu de Jesucristo que está presente en los que se reúnen en su nombre, o no es tal.

44 BENEDICTO XVI, *Homilía pronunciada en una ordenación episcopal...* n. 7.

45 *Const.* 64.

46 *Const.* 14.

47 Cf. CDF, *Orationis formas*, 6.

San Agustín, en su primer ensayo de comunidad monástica en Tagaste en el año 388, tal y como nos lo cuenta san Posidio en la biografía del santo, ponía en común con el grupo de amigos reunidos con él, por una parte, lo que descubría en el estudio de las Escrituras y, por otra, los frutos de la oración personal: «Comunicaba a los demás lo que él recibía del cielo en su estudio y oración, enseñando a presentes y ausentes con discursos y libros»⁴⁸. De ahí que se recomiende compartir con los hermanos los frutos de la oración. Disposición, por otra parte, necesaria para realizar el paso del *amor castus* al *amor diffusivus*. La educación en esta capacidad de compartir la vivencia personal de la oración hará posible que la predicación sea transmisión de la fe y no de meros enunciados doctrinales o morales⁴⁹.

Además, el Hiponense estaba convencido, tal y como lo muestra en el libro de las *Confesiones*, que solamente haciéndose uno mismo transparente a otros en Cristo se llega a un conocimiento real del propio ser. Así, una auténtica oración comunitaria es posible cuando Dios aglutina a quienes están unidos a él por medio de la caridad, e impulsados por el Espíritu:

Puesto que no hay amistad verdadera sino entre aquellos a quienes tú aglutinas entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado⁵⁰.

Sabiamente recogen nuestras *Constituciones* que «cuanto más sincera e intensamente cultiva la comunidad el espíritu y la práctica de la oración, con más propiedad merece ser llamada comunidad orante y cultural y más eficazmente expresa la presencia de Cristo en el mundo»⁵¹. Los frutos de una comunidad fecunda, madura y evangelizadora se sazonan en la oración vivida y compartida:

Una comunidad piadosa y sabia procurará imitar a la iglesia primitiva, guardando un orden interno que promueva la lectura de la palabra divina, el culto, la vida sacramental y la oración particular y comunitaria⁵².

El anhelo del *cor unum in Deum*, indica el palpitar de la comunidad creyente que tiende hacia la unidad con Dios y con los hermanos. «Lo primero por lo que os habéis congregado en la comunidad es para que habitéis unánimes en la casa, y tengáis una sola alma y un solo corazón dirigido hacia Dios»⁵³. Los amigos de

48 *Vita* 3,2.

49 Cf. PF, 311.

50 *Conf.* 4,4,7; cf. *Ib.*, 13,14,15.

51 *Const.* 64.

52 PF, 54; cf. *Const.* 64.

53 *reg.* 1,2.

Dios se reúnen como comunidad creyente para dedicarse a la oración y al diálogo fraterno: «Tú haces morar en una misma casa a los de un solo corazón [...]. Juntos estábamos, y juntos, pensando vivir en santa concordia, buscábamos el lugar más a propósito para servirte»⁵⁴.

c. La unidad del amor se expresa en la unidad de la voz

San Agustín nos recuerda en la *Regla*: «Cuando oráis a Dios con salmos e himnos, vivid en el corazón lo que decís con la voz»⁵⁵. Aprender a palpar con el murmullo del discurrir de los salmos significa entrar de lleno en la melodía sonora de la alabanza divina como comunidad unida y convocada en el amor de Dios. De ahí que la unidad en la caridad se exprese en la unidad de la voz. Po el contrario, las disonancias de la voz coral ponen de manifiesto que cada hermano va a su aire, preocupado solo de sí mismo.

Quando hablemos a Dios suplicando, no separemos al Hijo de la plegaria; y cuando ruega el Cuerpo del Hijo, no aparta de sí a su Cabeza; y así es el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, el único Salvador de su Cuerpo, el cual pide también por nosotros y en nosotros; y también oramos nosotros. Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como nuestra Cabeza; y nosotros oramos a Él como nuestro Dios. Reconozcamos en Él nuestra voz, y su voz en nosotros. Oramos a Él, por Él y en Él; y hablamos con Él y habla Él con nosotros. El que reconozca estar en el cuerpo de Cristo diga: habla Cristo y hablo yo. No hables nada sin Él, pues Él no dice nada sin ti⁵⁶.

La comunidad orante reconoce que el hombre interior no se forma solo, sino que Cristo se forma en el hombre interior creyente cuando este se apega a él con afecto espiritual dentro de una comunidad de hermanos. Quien aprende a adorar a Dios en el templo interior, aprende a reconocerlo y a venerarlo en la unanimidad y la concordia de la comunidad, pues la finalidad del proceso interior es siempre relacional y eclesial.

La capacidad que las personas tienen de apertura y de relación con los demás es la misma, en principio, con la que cuentan de equipaje para abrirse y relacionarse con Dios. De ahí que una cualidad imprescindible para la oración comunitaria, indispensable también para las relaciones fraternas de calidad, es

54 *conf.* 9,8,17.

55 *reg.* 2,3.

56 *en. Ps.* 85,1.

la capacidad de abrir el propio corazón a los demás y de acogerlos con absoluto respeto. Así, cuando aprendemos las condiciones que hacen posibles los encuentros auténticamente fraternos, nos habilitaremos, a su vez, en aquellas condiciones de posibilidad que dependen más de nosotros para el encuentro con Dios.

Dios, que es completamente libre, cuenta con nuestra libertad finita para encontrarse con nosotros. Quien nunca necesita nada de nadie y hace su vida pago de sus propias posibilidades, no será capaz de escuchar a nadie, y menos aún a Dios; no será capaz de amar. «Si uno dice que ama a Dios mientras odia a su hermano, miente; pues si no ama al hermano suyo a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y el mandato que nos dio es que quien ama a Dios ame también a su hermano» (1 Jn 4,20-21).

La oración pública de la Iglesia a través del rezo de la liturgia de las horas en comunidad, conlleva ciertamente el cuidado de las formas, pero principalmente la atención y la creatividad de la comunidad orante de los hermanos que la conforman. Difícilmente deberíamos permitir, en lo que dependa de cada religioso, que la oración vocal de los salmos en coro se desmarque de la plegaria interior que la acompaña y de la convergencia armónica de las palabras en la única alabanza a Dios. Así, cuando rezamos, incluso en comunidad, y cada cual va a su cuenta, sería bueno que nos atreviéramos a hacernos la pregunta sobre el porqué.

3. Algunos medios para la oración litúrgica en común

El rezo de la Liturgia de las horas u Oficio divino, como también se le conoce, constituye la oración de la Iglesia que se expresa en alabanzas y súplicas. Es la oración que toda comunidad creyente y, por ende, la comunidad religiosa, realiza con Cristo y, que a la vez, a Él dirige en el Espíritu Santo. La comunidad orante perpetúa el himno de alabanza que Cristo, en su encarnación en nuestra humanidad, dirigió a Dios Padre con palabras humanas de adoración e intercesión a favor de todos los hombres de todos los tiempos.

Muchas horas de la vida del religioso consagrado, y cada vez más de los seculares, se invierten en este ejercicio divino y humano. Y el mismo hecho de santificar las distintas horas de la jornada con el rezo de la liturgia, puede redundar en provecho espiritual del orante si se dispone a ello con una mínima devoción. Por esta razón me arriesgo a proponer algunas iniciativas que posiblemente ayuden a cultivar esta sensibilidad espiritual.

a. Instrucción en la liturgia que favorezca la creatividad

Una parte importante para el arte de la oración en común es una *adecuada instrucción litúrgica* del orante. Así, una lectura atenta de la ordenación general de la liturgia de las horas puede dar muchas pistas para una necesaria creatividad en la recitación de los salmos. Además, se pueden implementar algunas de las variantes que se van generalizando cada vez más en varias comunidades, que no afectan a la sustancia del rezo y pueden favorecer la atención, como son: recitar alguno de los salmos de forma responsorial, hacer moniciones a los salmos que se recitan, intercambiar la antifona correspondiente con la frase bíblica o de algún santo que se coloca entre esta y el salmo o cántico, realizar algunos himnos y salmos cantados, hacer eco de algún versículo del salmo una vez recitado, etc.

b. Cuidado de la calidad del tiempo y de la presencia física de los religiosos en la oración

La oración en común constituye una de las fuentes principales de la propia vida de piedad, que la ordena, la impulsa y la hace fecunda. Caben las preguntas: ¿De qué «diantres» se nutre espiritualmente el religioso consagrado que prescind habitualmente de esta mediación? ¿De qué o de quién habla cuando instruye? Ciertamente, cabe la posibilidad de que haya quienes mantengan una intensa relación con Dios, que vivan todo como una mediación para el encuentro con Él. Pero, no nos engañemos, el corazón humano tiene sus reclamos y, cuando no se intensifica en la relación de amor que lo fundamenta, otros amores cobran más importancia y toman el lugar que le corresponde a Dios. El cuidado de la oración es primordial para cultivar y cuidar la propia vocación.

c. El cuerpo en la oración

La posición externa que se adopte para la oración no es la sustancia misma de la oración. Lo primordial es que pueda realizarse ese encuentro de los hermanos con Dios y de los hermanos entre sí en Dios. El orante coloca su cuerpo en el modo más adecuado, de tal forma que pueda estar recogido y a gusto. En la oración, pues, toda la persona se pone en movimiento hacia Dios, y el cuerpo debe expresarlo. La ordenación general de la liturgia de las horas nos invita a

estar de pie en la recitación al menos en tres momentos: al inicio de la oración, incluido el rezo del himno, en el benedictus, en el magnificat y en el momento de las peticiones, el padre nuestro, la oración y la bendición del presidente. Son los gestos mínimos que podemos cuidar, si no hay ningún impedimento grave, en el rezo del oficio.

d. *El ambiente y el lugar físico para la oración*

El arte de la oración requiere ciertas condiciones de tranquilidad y sosiego personal y comunitarios. Y, sobre todo, una vida penetrada de piedad y de capacidad de silencio, de modo tal que se produzca un ambiente externo e interno propicio para elevar la mente y el corazón a Dios. Nuestras *Constituciones* indican que «la práctica y el progreso de la oración demandan siempre la purificación continua, la ascesis interior y exterior y un clima de silencio personal y ambiental que favorezcan el desarrollo de la vida sobrenatural en el individuo y en la comunidad»⁵⁷. En cuanto al lugar físico destinado para la oración, el lugar que la comunidad destine para la oración ha de ser un espacio particularmente cuidado y mimado, cuya disposición y ambiente inciten al recogimiento y estimulen a la oración.

e. *El ritmo de la recitación de la liturgia*

El ritmo de recitación de la liturgia de las horas en común es un tema que puede crear tensiones en la comunidad. Pero el hecho de que algunos religiosos reciten habitualmente el oficio en «automático» y a «toda prisa», no justifica ni el desinterés ni la ausencia de nadie en el rezo en común. Y si dada en comunidad esta posible tensión, no se está dispuesto a cambiar un ápice en el estilo rápido de la recitación de los salmos simplemente porque «siempre se ha hecho así», esta actitud desdice de la cualidad propia que anima la misma oración.

Sobre el ritmo más apropiado, advierto que no he encontrado ninguna referencia explícita del magisterio de la Iglesia ni de la ordenación general de la liturgia de las horas. Quizá el mejor criterio sea el «sentido común». Pero,

57 *Const.* 149.

como a veces no es un sentido muy común, sugiero que el ritmo no sea ni muy lento ni muy rápido, sino aquel que permita saborear y recorrer con provecho los salmos.

4. Metodología para la oración en común

La comunidad en oración es el Cristo total que ora. El cuerpo y la Cabeza, todos los miembros juntos con quien los ordena y preside, dirigen la súplica confiada a Dios Padre. Cristo ora por nosotros como nuestro sacerdote, ora en nosotros como nuestra cabeza y nosotros oramos a Él como nuestro Dios. Oramos, pues, a Él, por Él y en Él. Para integrarnos en la oración del cuerpo vivo de Cristo, que es la Iglesia, son necesarios unos gestos que lo expresen y un estilo y ritmo de oración que lo recreen. Con esta intención presento un breve itinerario para la praxis de la oración en común, tomado de la misma estructura de la celebración de la liturgia de las horas.

a. Invocación, invitatorio e himno

El coloquio entre Dios y el hombre se abre con la invocación serena de su presencia en medio de los que se reúnen en su nombre. El invitatorio «Señor, ábreme los labios» o «Dios mío ven en mi auxilio» invita al orante a cantar las alabanzas de Dios y a escuchar su voz, para encaminar sus pasos en el diario peregrinar hacia la patria definitiva, la vida feliz junto a Dios. El himno lo sitúa en el sentido de cada momento del día, dando colorido a la celebración y facilitando en el orante la recreación de un clima de oración.

Lo que bien comienza posiblemente bien acaba. La disposición en el momento del inicio condiciona, para bien o para mal, el trascurso de la celebración. En la oración hay muchas cosas que no dependen de nosotros, porque simple y sencillamente son un don que Dios concede. No obstante, ahí donde el orante tiene un margen de implicación y responsabilidad, por diminuto que éste sea, no debería ahorrar esfuerzos en favorecer en sí mismo y, por ende, en los demás, unas condiciones mínimas para participar con atención, interés y gusto en la oración. Así pues, mostramos cuánto es importante la oración cuando cultivamos todo aquello que la pueda favorecer.

b. *Salmodia*

La salmodia consta de distintos salmos –de alabanza, de súplica, de lamentación, etc.– y cánticos tomados del Antiguo o Nuevo Testamento. Es la parte más bella del rezo de la liturgia de las horas por la variedad de los tipos de oración tomados de las mismas Escrituras, perfumados con la fragancia de generaciones y generaciones de orantes. Cada salmo o cántico tiene su propia antifona y un breve encabezado que nos da la clave del sentido de Iglesia con que los debemos rezar. Así como Cristo los recitó en oración al Padre, así todo orante y toda la comunidad en oración suman el cálido murmullo de la propia voz, ya sea recitando o cantando, a la voz de Cristo en oración.

Si en toda la estructura de la celebración es muy importante una participación activa de todos, se torna parte especial en la oración litúrgica con la recitación pausada de la salmodia, ya sea alternado o con alguna modalidad semejante que exprese la cualidad dialógica del rezo. De modo que el orden y la armonía de las voces de los orantes constituidos en la comunidad orante se acoplan a la voz de la palabra de Cristo para cantar a Dios, darle gracias, con salmos, himnos y cánticos inspirados (cf. *Col 3,16*).

c. *Lectura breve de las Escrituras y responsorio breve*

La Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos a lo largo de la jornada. Esta palabra ha de ser escuchada como una verdadera proclamación de la Palabra de Dios, que recrea con intensidad algún pensamiento digno de atraer toda nuestra atención, para mantenerlo muy presente en la sucesión de las horas, hasta que la palabra vuelva a brillar con esplendor en la siguiente celebración. Un breve espacio de silencio obsequioso es conveniente como respuesta a la palabra de Dios. Silencio sonoro que se interrumpe con un responsorio breve para hacer eco de la palabra dada y cultivada.

d. *Cántico evangélico, preces, padrenuestro, oración final y bendición*

Momento breve de la celebración de la liturgia de las horas, pero cargado de evocación del misterio de Dios presente en la historia de la salvación y en la vida del hombre. En él se expresa la alabanza y la acción de gracias por la obra de la redención con los cánticos evangélicos. Se hacen unas preces para consagrar

a Dios el día y el trabajo y se pide e intercede por las necesidades del hombre de hoy. Se llega a la cima de la celebración con la oración cristiana por excelencia: el padrenuestro. Y se recogen los frutos del rezo con la oración conclusiva y la bendición final. Toda una sucesión ritmada de momentos y elementos oracionales que calcan el ritmo de los momentos y acontecimientos que acompañan la jornada como tiempo de Dios en la vida del hombre.

Conclusión

Concluyo este breve escrito sobre la oración comunitaria con un texto de san Agustín que, a mi parecer, sintetiza cuanto he querido comunicar con muchas palabras: «Somos cuerpo de Cristo; cantemos estas cosas. Cristo canta esto; si únicamente canta la Cabeza, del Señor es este cántico, no nos pertenece. Por el contrario, si cantas al Cristo total, a saber, la Cabeza y el cuerpo, sé de sus miembros, únete a Él por la fe, por la esperanza y la caridad, y así cantarás en Él y en Él te alegrarás»⁵⁸. ¡Qué alegría ser Cristo en oración!

Fabián MARTÍN
Las Rozas, Madrid

58 *en. Ps. 100,3.*

Resumen

La instrucción *La vida fraterna en comunidad* expresó la necesidad de una comunicación más extensa y más intensa para incrementar la vida fraterna de una comunidad (cf. VFC 29). Esa intensidad exige compartir lo más profundo de una vivencia comunitaria: la experiencia de Dios. Estas páginas ofrecen pautas para educar al agustino recoleto, llamado a ser maestro de oración, en el don y arte de la misma. Más aún, dan pautas para enriquecer la experiencia oracional de una comunidad ayudándola a pasar de una oración en común a una auténtica oración comunitaria que refuerce y aumente los vínculos fraternos.

Abstract

The instruction, *The Fraternal Life in Community* expressed the necessity of a more extensive and intensive communication in order to strengthen fraternal life in community (cf. VFC 29). This intensity demands the sharing of the most profound reality of communitarian experience: the experience of God. In the following pages, the author offers some pointers to educate the Augustinian Recollect in the gift and art of prayer, as he is called to be a master of it. Furthermore, guidelines are offered to enrich the prayer experience of a community in such a way that such experience moves from a prayer in common to an authentic communitarian prayer that strengthens and increases fraternal bonds.